

## La intención cuenta también

Gilberto Urrutia

La simple intención o el propósito por lo que hacemos determinadas acciones, concientemente y movidos por nuestra propia voluntad, es como todo lo que proviene de nuestra interioridad, una fuerza de impulso espiritual, ya que es parte integrante de la voluntad humana, la cual junto con la memoria y el intelecto conforman las tres potencias espirituales básicas del ser humano.

La intención es la idea, los deseos o los pensamientos que se nos ocurren, y que por decisión propia y soberana, convertimos de manera conciente en el motivo secreto de nuestros actos voluntarios.

Hemos mencionando hasta aquí, dos de sus características más importantes: su naturaleza espiritual y su condición de ser secreta.

Esto es precisamente lo que hace que la intención tenga una influencia tan poderosa y tan relevante en nuestras vidas, debido a que en ella están contenidos y plasmados como en un sello indeleble, el **por qué** y el **para qué** hacemos nuestras acciones voluntarias.

Para poder comprender éste tema de la intención, tenemos necesariamente que recordar esa realidad indiscutible de que el hombre es una dualidad de cuerpo y alma, que es nuestra dualidad original, que somos un cuerpo con un espíritu, que somos la unión perfecta de una naturaleza material visible y una naturaleza espiritual invisible en el mismo ser.

Por ésta razón, nuestras acciones voluntarias tienen igualmente para nosotros un componente material y un componente espiritual: nuestra intención invisible y la obra visible que hacemos; las cuales están y permanecen unidas para siempre, porque dentro de nuestra memoria tienen una misma existencia.

La parte material que se ve de nuestras acciones y lo que notan los demás, es lo único que cuenta para el mundo exterior en que vivimos, pero para nosotros y nuestra propia conciencia, cuenta todo completamente, también la inseparable intención oculta.

Sin necesidad de entrar de lleno en la temática de nuestro sistema moral y ético, prefiero referirme aquí a las premisas de la teoría de la moral, las cuales las considero más importantes, porque son el fundamento de la ética y son de mucho mayor alcance.

La intención con la que hacemos una acción, es una de las premisas más importantes al valorar y calificar un acto como adecuado o incorrecto.

El valor de nuestras acciones reside en la intención que nos mueve a obrar.

Un hecho moral que objetiva o materialmente se considere bueno, puede estar viciado por una intención o propósito menos recto.

De allí que tenemos que pasar a definir que es lo que se debe de considerar como una intención recta.

### **Rectitud de intención**

Para San Agustín, la rectitud de intención es ordenar correctamente el amor, que hemos recibido los seres humanos de Dios, Creador del universo y supremo bien de toda la humanidad.

El hombre ama en todas sus acciones al mismo Dios, y sin éste amor del Creador, nadie puede hacer buen uso de lo creado. La rectitud de intención es por lo tanto,

hacer el bien por amor a Dios en primer lugar, tratando de evitar que se inmiscuya demasiado nuestra vanidad o el deseo de quedar bien delante de los demás. En el pensamiento agustiniano, la intención es uno de los elementos más importantes para juzgar si se tiene o no una virtud verdadera.

Según San Agustín la naturaleza es jerárquica y así también lo son los bienes que se encierran en ella. El verdadero y Sumo Bien del hombre no es solamente el que le conviene en el ámbito material de la vida, sino que el verdadero bien del hombre es Dios y la misma virtud es fiel a ese orden en la búsqueda del bien.

El amor que pongamos en nuestras obras dependerá de la intención que tengamos al obrar.

### **Los testigos de nuestra intención secreta**

Algunos se extrañarán que yo afirme aquí, que la intención ciertamente cuenta mucho para para tí y también para mí, incluso mucho más de lo que nos podemos imaginar, y de seguidas les voy a explicar la razón:

Yo, y como supongo la gran mayoría de la gente, antes creía que debido a que la intención es algo tan secreto y oculto como lo es un pensamiento, nadie en el mundo se podría llegar a enterar de mi propósito verdadero al emprender algo.

Pero resulta que no es así, a pesar de que la intención emana de nuestro corazón, de lo profundo de nuestro ser en forma de deseo o pensamiento, hay sin embargo dos testigos: nuestra conciencia y Dios.

Claro está, que para la gente que nos rodea y la sociedad en que vivimos solamente cuentan las obras, las intenciones ocultas que mueven a las personas a hacer sus actos voluntarios son inaccesibles a los demás, siendo para ellos totalmente desconocidas. Sí eso es cierto, pero eso es con los otros.

Aquí yo me estoy refiriendo directamente a tu conciencia y a la mía.

En las sagradas escrituras, fue San Pablo el primero que utilizó el término de conciencia y habló de ella en sus epístolas. En su carta a los romanos escribe:

***« Cuando los paganos, que no tienen la Ley, guiados por la naturaleza, cumplen las prescripciones de la Ley, aunque no tengan la Ley, ellos son ley para sí mismos, y demuestran que lo que ordena la Ley está inscrito en sus corazones. Así lo prueba el testimonio de su propia conciencia, que unas veces los acusa y otras los disculpa, hasta el Día en que Dios juzgará las intenciones ocultas de los hombres por medio de Cristo Jesús, conforme a la Buena Noticia que yo predico ».*** Romanos 2, 14-16

Hoy en día nadie puede dudar de la existencia de la conciencia en los seres humanos.

La conciencia se puede definir como una voz que resuena dentro de nosotros y que nos hace ver lo que hacemos bien y lo que hemos hecho mal.

La conciencia actúa como una luz que ilumina nuestras decisiones, es esa voz que tenemos en nuestro interior que condena o aplaude alguna acción que hemos hecho, actúa también como testigo, y por consiguiente, sabe de nuestra intención y además, memoriza las acciones que hemos hecho.

La conciencia moral que acompaña y valora nuestros actos corresponde a esas realidades primeras que afloran en la existencia de toda persona: es ese testigo fiel presencial que anima y corrige, aprueba y condena, ensalza y vitupera cada uno de nuestros actos, según sean dignos de asentimiento o de reprobación. Es, en último término, ese sentimiento inmediato de satisfacción o de desagrado que espontáneamente se suscita en nosotros después que hemos hecho algo.

La conciencia no es solamente dedo acusador, sino el lugar sagrado en el que el hombre dialoga con Dios, quien le muestra la verdad y el Camino para llegar a la vida eterna.

El misionero jesuíta Pedro de Calatayud (1689 – 1773) escribió un trabajo célebre sobre la pureza de la intención, en el que menciona entre muchas otras cosas interesantes, algunos efectos de la intención en la persona que actúa. El efecto que más me llamó la atención fue en el que dice textualmente: *“El tercer efecto es el dejar el alma quieta, y con una vida suave y sosegada.*

*San Bernardo dijo: Dios es autor y principio de la paz, y del sosiego, y lo mismo es mirar a su Majestad cuando obramos, que sosegar su corazón, como quien encuentra su centro”.*

San Pedro de Calatayud se refiere en ésa cita a un efecto de suma importancia para todos nosotros, seamos creyentes o no en nuestra vida terrenal aquí y ahora, se trata de que es la intención y no las acciones que hacemos, la fuente de una conciencia tranquila y en paz, y como resultado, de una alma serena dentro de nosotros.

Ese efecto directo de la intención sobre nuestra propia conciencia, nos da en consecuencia la justa explicación de esos dos terribles padecimientos espirituales que aquejan a los seres humanos: el sentimiento de culpabilidad y el remordimiento de conciencia.

Ésta revelación de San Pedro de Calatayud me ha permitido comprender, apenas en éste momento de mi vida, una de las causas más influyente en la aparición del remordimiento de conciencia, y con él ese pesar y esa inquietud interior e imperceptible al ojo humano, que acompañan al sentimiento de culpa.

Por esa razón espero que, ésta instructiva confidencia sea también de bendición e inspiración para ustedes mis lectores, así tal como ha sido para mí.

### **Sentimiento de culpabilidad y remordimiento de conciencia**

¿Qué persona adulta en el mundo no sabe lo que es el sentimiento de culpa y tener cargos de conciencia?

El sentimiento de culpabilidad consiste en tomar conciencia de que hemos transgredido, por medio de un acto voluntario, la ley moral natural de Dios y del orden moral aceptado y de que nosotros somos los responsables de tal falta.

El remordimiento es el pesar y la angustia que acompañan ordinariamente tal conciencia y recuerdo. Puede presentarse como malestar, como intranquilidad o como pesadumbre por lo sucedido; no tanto por las consecuencias que pueden darse, sino por el hecho mismo de que ha sucedido y que no debía suceder, y que no hubiera sucedido, si antes hubiéramos reflexionado mejor sobre el asunto.

El remordimiento o sentimiento de culpabilidad es una realidad espiritual a la que toda persona adulta se enfrenta en algún período o momentos de su vida.

El sentimiento de culpa y el remordimiento de conciencia se llevan muy ocultos y muy dentro en el alma y como son pasiones humanas, los padece en secreto quien los tiene.

Sin embargo, no en todas las personas que son inquietadas por el remordimiento, éste se desarrolla de la misma manera. En algunos es el primer paso para el arrepentimiento que concluye en la conversión. Tal es el remordimiento beneficioso que Jesús nos describe en la parábola del "hijo pródigo" (Lc 15,11-32). Para otros es motivo de tanto tormento y desesperación que pueden terminar incluso en el suicidio; ya señalaba el cardenal John H. Newman: *"El remordimiento no es arrepentimiento"*. El remordimiento que no va acompañado de la humildad necesaria de reconocer y aceptar la falta, afirma la voluntad del pecador en el

orgullo del pecado, por lo que agrava aún más la situación. Pero en quien reconoce humildemente su propia responsabilidad, el remordimiento es el primer paso para la compunción y el arrepentimiento sincero.

El ser humano, en su interior, como dice en la encíclica *“descubre una ley que él no se da a sí mismo, a la cual debe obedecer y cuya voz suena oportunamente en los oídos de su corazón”*. Es la ley natural, inscrita por Dios en el corazón del hombre, de cualquier hombre, creyente o no, cultivado o sencillo, rico o pobre, *“cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo y en cuya obediencia consiste su propia dignidad”*

La ley natural es *“aquella luz originaria sobre el bien y el mal, reflejo de la sabiduría creadora de Dios, la cual, como una chispa indestructible, brilla en el corazón de cada hombre”*. La ley natural ilumina las exigencias del bien moral; es, por decirlo de alguna manera, la teoría sobre lo bueno, sobre aquello a lo que hay que tender. La parte práctica la desempeña la conciencia.

Si la conciencia es el aposento sagrado del alma donde Dios se encuentra a solas con el hombre, entonces debemos añadir que también el remordimiento es, de algún modo, un llamamiento de Dios al pecador, una gracia iluminativa; cuya privación en las conciencias insensibles, que dicen no sentir remordimiento, es ya un temible castigo.

El predicador inglés Charles Spurgeon en un comentario sobre la enorme importancia que tiene una conciencia limpia, dijo en una manera muy ilustrativa: *“Un gramo de paz interior y tranquilidad vale más que una tonelada de oro. El que tiene buena conciencia ha ganado una riqueza espiritual mucho más deseable que todo lo que ha perdido, aunque tenga que vestirse con un traje gastado.”*

### **La conciencia tranquila**

Hoy en día, el sistema económico dominante nos trata siempre de convencer y persuadir con su mensaje adoctrinante, de que el acumular dinero nos da la tranquilidad que deseamos para nuestras vidas, y tanto es así, que una de las palabras favoritas que es usada para registrar la marca de las empresas de seguros, es la tranquilidad.

Sin embargo eso es totalmente falso, ya que el dinero solamente nos permite resolver temporalmente nuestros problemas materiales, pero no nos sirve de nada para mitigar o sanar nuestros remordimientos de conciencia y sentimientos de culpa.

Yo no lo sé con seguridad, por supuesto, pero no me extrañaría en absoluto, que la gente rica estén más plagados por los remordimientos de conciencia que la gente humilde de muy pocos recursos.

San Pablo en el libro de los hechos dice:

***“Por eso yo también me esfuerzo por tener constantemente una conciencia limpia ante de Dios y ante los hombres”. Hechos, 24, 16.***

Sin duda alguna, que éste consejo que San Pablo nos da de su propia experiencia, es una exhortación maravillosa para todos nosotros, si deseamos vivir una vida interior sosegada y apacible, sin la pesadumbre adicional que causan los tempestuosos remordimientos de conciencia y los inclementes recuerdos desagradables.

Ya he dicho en escritos anteriores, que el individuo moderno se ha olvidado de sí mismo, se ha olvidado de Dios y se ha olvidado de su alma, pero resulta, que su

propia conciencia no se ha olvidado de él ni mucho menos de sus actos, de lo que él hace y de lo que ha hecho en el pasado.

Vivimos inmersos en una sociedad y una época, donde lo que cuenta es tener cada vez más y aparentar que uno está bien y dichoso, que serlo de verdad.

Un mundo donde cuenta más la impresión que damos a los demás, que cómo somos interiormente, y donde no es difícil encontrar gente que renuncia a sus propias convicciones y principios para quedar bien ante los otros.

Todo esto crea un mundo ideal y superficial a base de ofrecer sólo una imagen exterior adecuada, adaptándose a los gustos de la gente y concibiendo modelos de comportamiento poco reales pero atractivos, y por otro lado, da lugar a un clima de desconfianza general, pues muchas veces se nos hace bastante difícil distinguir entre quien te engaña y quien no. De éste clima de desconfianza nace el deseo sincero de encontrar a alguien que haga de su vida, de sus pensamientos y de sus obras una auténtica unidad, donde no haya poses teatrales ni apariencias y de encontrar aquellas personas que sean más semejantes a sí mismas.

### **La preeminencia del amor**

La disposición de dejarnos guiar por el amor espiritual en nuestras acciones voluntarias, es capaz de obrar verdaderos milagros en nuestra vida moral interior.

Uno de los adagios más reveladores y más audaces de San Agustín de Hipona es el que reza: *“Ama y haz lo que quieras”*

San Agustín dijo en esa oportunidad al explicar su precepto, que si una persona tuviese que escoger entre recibir disciplina y ser tratada con cariño, todo el mundo elegiría lo segundo. Pero suponiendo que el que disciplina es el papá del niño y el que da la caricia es un secuestrador. *“En ese caso,”* dijo, *“es el amor que disciplina y la maldad que acaricia.”*

*“Los hechos de hombres se saben solamente por la raíz de caridad. Porque muchas cosas tienen buena apariencia, y sin embargo no proceden de la raíz de caridad. Las flores también tienen espinas: unas acciones parecen duras, aún salvajes; pero son hechas para disciplina inspirada por la caridad. Entonces, un precepto breve: Ama y haz lo que quieras - si te callas, hazlo por amor; si gritas, también hazlo por amor; si corriges, también por amor; si te abstienes, por amor. Que la raíz de amor esté dentro de ti y nada podrá salir sino lo que es bueno.”*

Lo esencial de la vida moral es que coincidan nuestros sentimientos con lo que es lo mejor para nosotros. Somos por naturaleza seres amantes, pero debemos aprender a amar las cosas adecuadas y de modo apropiado.

Lo que importa en la vida moral no es negar las pasiones o intentar reprimirlas, sino cultivarlas hasta que nos faculten para hacer bien. La vida moral cristiana, dice Santo Tomás de Aquino, no requiere extirpación de las pasiones, sino su transformación. La moralidad necesita de las pasiones porque, sólo cuando algo nos importa, somos capaces de hacer alguna cosa. Santo Tomás valora los sentimientos, las pasiones y las emociones en su justo punto. Para él, la moralidad se mantiene gracias al cultivo de un amor correcto, al que permitimos la dirección nuestras vidas.

San Tomás sabe muy bien, que es necesario sentir para poder actuar; por eso, nuestras pasiones y afectos le parecen cruciales y no los desprecia en su discusión sobre la vida moral. Son el eje de la vida moral, porque lo que al final llegamos a hacer, gira sobre lo que amamos y sobre cómo lo amamos, sobre lo que escogemos para hacernos felices y sobre lo que nos puede entristecer. En este sentido, el amor conforma todo lo que hacemos, porque el deseo de lo que amamos nos mueve a su búsqueda a través de la acción.

Estamos hechos fundamentalmente para amar a alguien y para ser amados.

Por eso crecemos cuando amamos y morimos cuando odiamos; por eso son indispensables la reconciliación y el perdón; por eso los corazones endurecidos,

amargos e inflexibles son dignos de lástima. Estamos hechos para aceptar la vida y nuestro destino, a los demás y, sin duda, a Dios. Para llenarnos de lo bueno que nos ofrecen los que nos rodean, y para recibir la vida de Dios.

Estamos todos destinados a ser amantes, y alcanzamos lo mejor de nosotros cuando formamos parte de este universo de amor, cada uno dando y recibiendo, todos tratando de hacer felices a los demás y hechos felices por ellos. Así lo ve San Tomás, como criaturas que tienen una gran necesidad de ser amadas, que llegan a ser cada una fuente de vida y salvación para las demás.

Según Santo Tomás de Aquino, cuanto más nos acercamos a Dios, somos mejores, porque Dios es la excelencia en la que todo se vuelve bueno.

Nosotros, estrictamente hablando, no nos hacemos buenos sino que nos transformamos, nos renovamos y nos fortalecemos por la acción del amor de Dios en nosotros, que cura y salva.

Hablando ahora sobre mi experiencia personal, les puedo decir que por obra del espíritu Santo, hace mucho tiempo aprendí y adopté como guía en mi obrar, incluso en las acciones más corrientes, hacer mis actos voluntarios, por amor. Si no siento en mi corazón previamente la intención de hacer algo, sencillamente no lo hago.

Hay algo también muy maravilloso que percibo de unos años para acá, y es que siento una paz y una calma interior, que nunca antes las había sentido.

Y ese estado de serenidad, no lo podría disfrutar si yo tuviera remordimientos de conciencia.

Desde que me dejo guiar sólo por mi propia conciencia y por mis intenciones que considero rectas, puedo confirmarles con propiedad y regocijo, que tengo mi conciencia tranquila, y que llevo una vida interior apacible con mucha calma en el alma. Para mí en particular, eso es lo que más cuenta.